El discurso histórico quevediano y el inicio de la Guerra de los Treinta Años: *Mundo caduco y desvaríos de la edad*

Victoriano Roncero
Stony Brook University
Hispanic Languages & Literature
College of Arts & Sciences
N3015 Melville Library, Stony Brook,
NY 11794 (EE. UU.)
victoriano.roncero-lopez@stonybrook.edu

[*La Perinola,* (ISSN: 1138-6363), 18, 2014, pp. 161-179]

Desde la Antigüedad clásica la Historia se consideraba como una de las disciplinas fundamentales de las *litterae humaniores,* que compendiaba el recuerdo de los hechos acaecidos con anterioridad y la forma literaria, dramática que los intentaba revivir. A esto había que unir el concepto ya acuñado por los historiadores griegos de la Historia como maestra, tal y como había establecido Polibio al afirmar que «para los hombres no existe enseñanza más clara que el conocimiento de los hechos pretéritos»[1]. Esta concepción didáctica de la historia fue profundizada por la tradición historiográfica romana y, sobre todo, por Cicerón que amplificó las virtudes de esta disciplina: «*Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis, qua voce alia nisi oratoris immortalitati commendatur?*»[2]. De esta forma quedaban establecidas por muchos siglos las funciones que debía desempeñar la Historia. Pero además hemos de tener en cuenta dos cosas: en primer lugar que el texto ciceroniano se halla incluido en su manual de retórica, el *De oratore,* por lo que debemos recordar que para los autores clásicos la disciplina histórica formaba parte de la literatura, tal y como se había concebido desde los tiempos de Homero, cuyos dos textos épicos habían sido adoptados como modelos por los primeros historiadores griegos, los *logopoioi* de los siglos VI y V a. d. C. o, el considerado como «padre de la Historia», Heródoto[3]. En segundo lugar, que el grupo que mejor podía aprovechar sus enseñanzas era el de los gobernantes, pues eran los que más provecho podrían extraer para el ejercicio de sus fun-

1. Polibio, *Historias,* I, 1-2.
2. Cicerón, *De oratore,* II, IX, 35.
3. Ver Luce, 1997, pp. 10-13.

RECIBIDO: 15-1-2013 / ACEPTADO: 21-2-2013

ciones[4], aunque en esta época existía un gran interés por la Historia por parte de las clases letradas[5]. Estos dos rasgos se constituyen en los elementos que van a conformar el discurso histórico hasta bien entrado el siglo XVII, tanto para los historiadores como para los teóricos de la Historia, uno de lo cuales la definirá como «matrona ilustre y sabia»[6].

Pero si hasta el final del siglo XVII todos, o casi todos, los historiadores mantenían el elemento didáctico como uno de los objetivos fundamentales de esta disciplina humanística, las discrepancias se manifestaban en otros puntos importantes para la concepción histórica. Uno de los temas que más preocupaba a los investigadores de la Historia era el de la rigurosidad, de la veracidad de los hechos narrados en sus discursos históricos. Ya desde el principio, en lo que se puede considerar como la primera declaración de principios en este tema, Tucídides quiere dejar bien claro el método de rigor histórico con el que redacta su *Historia de la guerra del Peloponeso:*

> En cuanto a los hechos de que sucedió en la guerra, no consideré adecuado escribirlos informándome del primero con quien me topase ni según me parecía, *sino sólo aquellos en los que estuve presente o, yendo a buscarlos a otras fuentes con cuanta exactitud era posible en cada caso.* La investigación resultaba penosa porque los presentes en cada suceso no decían lo mismo sobre el mismo tema, sino según la inclinación que sentían por cada bando o sus recuerdos[7].

La declaración del historiador ateniense aborda dos de los conceptos que más preocuparon a los humanistas europeos de los siglos XVI y XVII: las fuentes fidedignas y la imparcialidad. Pero de los dos el que más me interesa ahora es el de las fuentes fidedignas, sobre todo por lo que se refiere a la labor del historiador y a la contemporaneidad de lo narrado. Tucídides prefiere narrar sólo aquello que ha sucedido en su propia época, aquello que él ha podido presenciar directamente o a lo que ha llegado a través de los testimonios de individuos que participaron en aquellos acontecimientos; desecha, de una manera implícita, todos aquellos sucesos anteriores, aquel pasado más o menos remoto que no ha presenciado directamente y del que no quedan testigos de primera mano. Esta misma actitud adoptarán muchos de los historiadores posteriores, como el francés François Baudoin, que prefieren narrar aquellos acontecimientos de los que han sido testigos o de los que se conservan documentos fiables[8]; para ellos el pasado y, sobre todo, el

4. Cabrera de Córdoba, p. 17: «Es noble por la dignidad de quien la usa, pues son príncipes, emperadores, reyes, gobernadores de repúblicas y capitanes, a quienes por la imitación es necesaria».

5. Ver Hay, 1977. Sobre la figura del historiador y la concepción de la Historia en los siglos XVI y XVII es fundamental Usunáriz, 2007.

6. Cabrera de Córdoba, p. 28.

7. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso,* I, 22, pp. 65-66. El subrayado es mío.

8. Baudoin pone como modelo de esta práctica histórica al historiador griego Polibio: «*Equidem optarem, ut scriptores ea demum narrarent, quae viderunt, quibusque interfuerunt.*

pasado remoto no puede ser historiado porque entonces nos encontramos con los «poeticis… fabulis» de los que hablaba Tito Livio en el «Praefatio» de su historia de Roma[9]. En este sentido, debemos entender el rechazo de Jerónimo de Zurita de empezar sus *Anales de Aragón* antes de la llegada de los invasores árabes:

> De la misma manera sucede a los que emprenden escribir algunos principios de cosas muy olvidadas: porque en la relación dellas es forzado que pasen como quien atraviesa un gran desierto a donde corren peligro de perderse. De aquí resultó que los cuentos de la origen de muy grandes imperios y reinos, fueron a parar como cosas inciertas y fabulosas en diversos poetas que, como buenos pintores, dejaron debujadas aquellas trazas y otras figuras monstruosas, porque por ellas se pudiese imaginar la distancia y grandeza de la tierra y la extrañeza del sitio y la ferocidad de las gentes. Lo demás quedó a cargo de los que emprendieron escribir verdaderas relaciones de las cosas pasadas, en lo que les fue lícito, poderlo afirmar por constante; y los que pasaron destos límites, perdieron del todo su crédito[10].

La aproximación a la Historia del cronista aragonés discierne, pues, entre un relato de hechos basado en conjeturas y narraciones fabulosas, y un texto basado en los historiadores «verdaderos», que son los únicos que deben gozar de crédito y reputación. La labor del historiador humanista consiste, según esto, en separar lo falso de lo verdadero, en rechazar aquellas partes de la historia que se convierten en leyenda; esta actitud ya la había esbozado Leonardo Bruni en el texto que inaugura la historiografía humanista *Historiarum Florentini Populi Libri XII,* en cuyo «Proemium auctoris» exponía su propósito:

> Sed antequam ad ea tempora veniam, quae propria sunt professionis nostrae, placuit exemplo quorundam rerum scriptorum de primordio atque origine urbis vulgaribus fabulosisque opinionibus reiectis quam verissimam puto notitiam trajere, ut omnia in sequentibus clariora reddantur[11].

El historiador italiano hace profesión aquí de ese espíritu crítico que pretendían imponer sus contemporáneos a la narración de los orígenes de sus ciudades y estados. Pero esta actitud imparcial estaba muy lejos de alcanzar el consenso entre los practicantes de la Historia. El fenómeno de la parcialidad y glorificación del pasado nacional no aparece como exclusivo del Humanismo europeo de los siglos XV y XVI, sino que

Quod et Polybius profitetur sese in historia imprimis desiderare, et veteres plane postularunt…» (citado por Grafton, 2007, p. 64 n).

9. Tito Livio, «Praefatio» lib. I: «*Quae ante conditam condendamve urbem poeticis magis decora fabulis quam incorruptis rerum gestarum monumentis traduntur, ea nec adfirmare nec refellere in animo est*». Sobre este tema en Tito Livio, ver Mellor, 2005, pp. 51 y ss.

10. Zurita, *Anales,* p. 3.

11. Bruni, *Historiarum Florentini,* pp. 4-6. Para la importancia de la obra de Bruni en el desarrollo de la historiografía humanista, ver Cochrane, 1985, pp. 3-9, para quien «like Minerva, Humanist Historiography was born fully grown» (p. 3) en el texto del florentino.

también hunde sus raíces en la historiografía clásica, concretamente en una de las obras fundamentales: el *Ab urbe condita* de Tito Livio. En el prefacio del libro I, el historiador romano concede a Roma, el gran imperio de la Antigüedad, la posibilidad de «*consecrare origines suas et ad deos referre auctores*»; es decir, sacralizar sus orígenes y atribuirlos a la intervención divina[12]. Tito Livio defiende que la grandeza de su patria merece que su pasado, sobre todo lo que se refiere a su fundación, sea adjudicado a los dioses, concretamente a Marte; por ello va a aceptar como auténticas ciertas leyendas que contribuyen a su glorificación. La ausencia de rigor crítico, cegado en estos casos, por los intereses patrióticos continúa en el Humanismo europeo de los siglos XV, XVI y XVII, una de cuyas características fundamentales es el nacionalismo, hasta tal punto que Cochrane pudo escribir que en esta época «patriotism became an ideology»[13]. Por ello historiadores y cronistas como Sabellico o Sanudo defendieron el origen mítico de ciudades como Venecia, fundada por Antenor, o Verona, por Sem. Estos dos ejemplos reflejan las dos tradiciones en las que se basan los historiadores para establecer este origen: la clásica y la veterotestamentaria. El texto culminante de este nacionalismo histórico que falsifica la historia es *De Commentariis Antiquitatum* del dominico Annio de Viterbo, publicados en Roma en 1498 bajo el amparo del embajador español; la «falsificación histórica con pretensiones de mayor alcance»[14]. Lo extraordinario de este texto es que mitifica el pasado de varios estados europeos, incluido España, inventando textos de historiadores como Beroso o Maneto. Sin embargo, las falsedades del dominico italiano despertaron el espíritu crítico de bastantes humanistas de su época como Melchor Cano, Escalígero, Baudoin, Goropio Becano, y otros que destruyeron ese edificio fabuloso en que se había convertido la historia de Europa, en un período en el que «Forgery and Philology fell and rose together»[15].

Quevedo conocía perfectamente estas tradiciones, la clásica y la humanista, de la Historia, y en ellas se basó en la escritura de sus textos históricos[16]. El polígrafo madrileño abordó también, como perfecto humanista, la escritura de la Historia, sobre todo en sus primeros años de producción literaria, aquellos comprendidos entre 1609 y 1623. Los tres textos históricos más relevantes (*España defendida, Mundo caduco y desvaríos de la edad* y *Grandes anales de quince días*) se atienen a los principales conceptos de la historiografía que tiene su fundamento en la tradición que se había iniciado en Tucídides. En esta línea historiográ-

12. Tito Livio, «*Datur haec venia antiquitati ut miscendo humana divinis primordia urbium augustiora faciat; et si cui populo licere oportet consecrare origines suas et ad deos referre auctores, ea belli gloria est populo Romano ut cum suum conditorisque sui parentem Martem potissimum ferat, tam et hoc gentes humanae patiantur aequo animo quam imperium patiuntur*».

13. Cochrane, 1985, p. 19.

14. Caro Baroja, 1991, p. 49.

15. Grafton, 1991, p. 103.

16. Para el concepto historiográfico de Quevedo ver Roncero, 1991, pp. 17-113.

fica se situó el discurso histórico quevediano, que se alejaba de la historia remota, de la que no se conservaban documentos fiables y que, en ocasiones, se centraba en la narración de hechos militares. Ciertamente el Quevedo humanista y patriota podría haber utilizado para su glorificación de España las patrañas históricas de Annio de Viterbo, que hacían descender a los españoles de Noé, a través de su nieto Túbal, con lo que se habría apuntalado ese carácter especial del pueblo español como el sucesor del hebreo como pueblo elegido por Dios. Pero Quevedo no aceptó las falsedades del dominico italiano, que inventaba reyes basándose en nombres de ríos y otros accidentes geográficos. En *España defendida,* se había dedicado a desmontar ese falso edificio pseudo-histórico que manchaba más que glorificaba el pasado de las naciones europeas y, más concretamente, el de España.

> Hay algunos que, así a su nobleza como a su ser, acogiéndose a la antigüedad, lo engrandecen y aumentan; y ciudades de los tiempos apartados hacen en sí y en sus cosas todo lo que les falta, confundiéndolo con los días, pues queda burlada cualquiera diligencia que pretende examinar cosa que huyó a sagrado, donde no alcanza la memoria[17].

Así comienza el capítulo segundo de *España defendida* que titula: «Antigüedad de España y estima acerca de los extranjeros y antiguos escritores». En este capítulo expone su concepción histórica que se acerca a la que había expresado Jerónimo de Zurita de desconfianza ante lo remoto (el «desierto del que hablaba» el aragonés) y que únicamente aceptaba como fiable aquella parte de la historia que se recogía en los textos de los historiadores y geógrafos griegos y latinos, aunque siempre pasados por el tamiz de la certeza filológica. Para él la historia de España se resume así:

> Dejemos los Hispalos y Hispanes y contentémonos con lo que tenemos cierto: que poco después fue ocupada de los cartaginenses, la cual, después que los echaron, dividieron los romanos en dos provincias, Bética y Tarraconense, y en diez conventos jurídicos, y así duró hasta Atila, que sujetó la parte ulterior por embajadores. Después, por los reyes fue distribuida en reinos, que ahora están abrazados en una corona[18].

Aparte de las referencias que hace en otros lugares a la sobriedad de los castellanos de aquellos tiempos y a sus virtudes[19], esta es una de

17. Quevedo, *España defendida,* p. 98.
18. Quevedo, *España defendida,* p. 108.
19. Quevedo, *España defendida,* p. 174: «Pues si bajamos los ojos a las costumbres de los buenos hombres de Castilla, de quinientos y de cuatrocientos años a esta parte, ¡qué santidad y qué virtud y qué verdad veremos, que no imitamos ni heredamos, contentándonos con lo menos, que es el nombre! ¡Qué leyes tan lícitamente nacidas de las divinas, tan cuidadosamente veneradas de ellos! ¿Qué cosas no advirtieron con castigos en los *Fueros Juzgos* castellanos, donde se ven con rigurosas penas cosas que por nuestros

las pocas referencias a la historia medieval que se hallan en Quevedo. El escritor madrileño, como dice en alguna ocasión, quiere separar la práctica histórica de España de la de otros imperios que a lo largo de los tiempos sintieron la necesidad de rodear sus orígenes de hechos fabulosos para glorificarlos, algo a lo que ya hemos visto hacía referencia el propio Tito Livio, y a lo que nuestro escritor comentaba desdeñosamente: «Gocen su antigüedad y principios los romanos fabulosos, indignos de crédito y verdaderos dignos de desprecio y burla»[20]. El desdén viene de la convicción quevediana de que la grandeza del imperio español no necesita de leyendas remotas que desvirtúen el glorioso presente. El capítulo segundo de *España defendida* constituye el único intento quevediano de redactar una historia de la España remota; intento que se limita a desmontar una por una las falsedades inventadas por los historiadores anteriores acerca del pasado remoto de los españoles.

Los dos textos históricos más interesantes de Quevedo tienen que ver con los últimos años del reinado de Felipe III y los primeros del de Felipe IV: *Mundo caduco y desvaríos de la edad* y *Grandes anales de quince días*. En ambos sigue el precepto iniciado por Tucídides de escribir sobre hechos contemporáneos al autor: en el primero de ellos narra los acontecimientos que iniciaron la Guerra de los Treinta Años; en el segundo, los sucesos acaecidos en la Corte en los últimos años de Felipe III y los primeros de su sucesor Felipe IV. Por lo tanto, Quevedo ha sido testigo de muchos de los acontecimientos que describe: fue secretario de Osuna de 1613 a 1619, por lo que vivió en Italia durante los años en que se produjeron los enfrentamientos entre el duque y Venecia; vivió en la Corte o cerca de ella en el momento en que se produjo el traspaso de poderes de Felipe III / Uceda a Felipe IV / Olivares. Esta cercanía a los hechos y a algunos de los principales protagonistas hace dudar de la imparcialidad de su relato, aunque hace profesión de él en el prólogo de *Grandes anales,* donde afirma contundentemente:

> Yo escribo lo que vi, y doy a leer mis ojos, no mis oídos. Con intención desinteresada y con ánimo libre me hallé presente a lo que escribo con más recato que ambición. Ni algún odio me hace sospechoso este discurso para creerle, ni lástima popular para disculparle. No esfuerzo la pureza de mi verdad por mi reputación; sólo porque, cuando más allá de mi sepultura y apartada

pecados nos han persuadido los tiempos a que merecen premio? La calumnia de palabras leves, aun como llamar corcovado o tiñoso a uno, se vio sujeta a graves castigos. Y así, con pocas y mal limadas palabras, aunque más propias, tuvieron gloriosos pensamientos; y de pobres centellas de un godo perdido, se esforzaron de suerte, que dieron pueblo a Dios, y libertad a su tierra y gloria a sus nombres. ¡Qué leales fueron con Ferrant Gonzales! Los mismos fueron con su sombra que con él. ¡Cómo amaron los santos reyes y buenos, y cómo sufrieron muchos malos y crueles! Y si algunos castigaron fue, no por su libertad, sino por la de su patria y religión. Y así Dios, cuyo favor es premio justo de los buenos y castigo de los malos, peleó con algunos capitanes y dio sus ángeles a otros. Él vence en todos los que vencen».

20. Quevedo, *España defendida,* p. 101.

> de los sucesos hablare con vuestros designios mi pluma, por creída pueda ser provechosa y me debáis, muerto y olvidado, la advertencia y el desengaño[21].

Quevedo hace una declaración de imparcialidad exigida por su oficio de historiador, porque de esa forma su texto se atiene a los principios establecidos por la historiografía humanista. Sin embargo, era muy difícil mantener esa imparcialidad proclamada por casi todos los historiadores de la época, y que muy pocos conseguían, ya que muchos de ellos escribían bajo las presiones e imposiciones de sus patronos[22]. Ciertamente era muy difícil atenerse al famoso lema de Tácito de que el historiador debía escribir «sine ira et studio», y el propio Quevedo, por lo menos, en *Grandes anales* y en *Mundo caduco* se dejó llevar por motivaciones personales (en la primera de ellas) y parcialidad patrióticoreligiosa (en la segunda).

Mundo caduco y desvaríos de la edad, escrita entre 1621 y 1623 aproximadamente[23], cumple con los principales preceptos de la historiografía humanista, tal y como vamos a analizar a continuación. No voy a tratar aquí su relación con *Grandes anales,* obra que considero complementaria[24] y que formaría parte de un proyecto único de obra histórica, en la que aparecerían todos los asuntos que debían recogerse en los textos históricos según Tácito, tal y como recordaba el historiógrafo español Luis Cabrera de Córdoba:

> Las grandes guerras, dice Tácito, expugnaciones de ciudades, reyes presos y deshechos, discordias de los principales, las agrarias leyes, con libre publicidad cantaban los anales[25].

En *Grandes anales* había narrado los principales acontecimientos que sucedieron en la Corte madrileña entre los últimos años del reinado de Felipe III y los primeros del de su sucesor, Felipe IV. Pero le quedaban por relatar los importantes sucesos militares que estaban aconteciendo en Europa, tanto en la Península Itálica, como en la Europa Central. Su presencia en Italia junto al de Osuna le había servido para ver de cerca y vivir las peripecias políticas y militares que habían tenido lugar en esos momentos tan complicados en esa Península. Las continuas escaramuzas entre el virrey y la Serenísima República de Venecia, los problemas de Mantua y la débil política de Felipe III y Lerma constituyeron una

21. Quevedo, *Grandes anales,* p. 59.

22. Ver Cochrane, 1985, pp. 479-480. El mismo Cochrane, p. 370, recuerda que Paolo Giovio «did not refrain from occasionally tempting prospective patrons by reminding them that he, as one of the best-known historians of his age, held the keys to future glory or ignominy».

23. Ver el apartado «Fecha» de mi introducción a la edición del texto en *Obras completas en prosa,* III, pp. 119-120.

24. Para mis opiniones sobre este tema ver Roncero, 1994.

25. Cabrera de Córdoba, *De Historia,* p. 48.

magnífica introducción de nuestro escritor a la complicada política europea de las primeras décadas del siglo XVII.

Desde esta perspectiva histórica Quevedo seguía el modelo impuesto por Tucídides de que el historiador debía haber participado en los acontecimientos que narraba o, por lo menos, conocer a personas que habían intervenido en ellos; la proximidad entre el narrador y lo narrado constituye uno de los grandes valores de *Mundo caduco y desvaríos de la edad*. Ciertamente, Quevedo vivió muy de cerca las tensiones entre el Virrey y Venecia, y entre éste y el gobierno de Madrid, que desaprobaba la política militarista que estaba llevando a cabo el de Osuna, que se quejaba amargamente en una carta a su secretario, Quevedo, del carácter pusilánime del actual equipo de gobierno y añoraba a monarcas como Fernando el Católico o Carlos V, y a los generales que les habían servido, que no dudaban en tomar las armas contra los enemigos de la Corona[26]. Por ello, la visión que presenta el escritor de las luchas entre España, Venecia, el emperador y los uscoques, constituye un testimonio de primera mano. El resto de los sucesos narrados (la defenestración de Praga, los sucesos de La Valtelina, etc.) reflejan la visión de un contemporáneo de estos acontecimientos tan importantes para la historia europea del siglo XVII.

Lo que interesa destacar en este punto es que Quevedo supo apreciar la importancia de ciertos acontecimientos que se estaban desarrollando en esos momentos. Por supuesto que sabemos que ya hacia 1615 «existía la convicción generalizada» en ciertos ambientes europeos que se iba a desencadenar una gran contienda[27]. El escritor madrileño, perfecto conocedor de los entresijos de la política imperial española y de la situación italiana, participaba sin ninguna duda de esta convicción. Quevedo estaba al tanto de las tensiones entre los príncipes protestantes y católicos alemanes, y entre los primeros y el Emperador de Austria y de las consecuencias que estos enfrentamientos podían tener para el resto de Europa: una guerra religiosa en la que se verían envueltas las principales potencias europeas.

Pero lo que no deja de sorprendernos es que se diera cuenta de las consecuencias que tendría el conflicto Venecia-uscoques, una guerra menor en un extremo del Adriático. La importancia de este conflicto ha sido reconocida por historiadores actuales, como Geoffrey Parker, quien afirma que la guerra contra los uscoques fue uno de los episodios más extraños de comienzos del siglo XVII, pero constituye un ejemplo alarmante de cómo un acontecimiento político secundario, ocurrido en

26. Sliwa, 2005, pp. 224-225: «Vuelva Vuestra Merced ahora los ojos al que me siguiese en este cargo y cuán alabado sería de prudente y cuerdo de todos los que atribuyen a inquietud mía la reputación de mi Rey y de mi nación, yo no he tenido la culpa: que no pudiera Dios haberme hecho nacer cien años antes o guardado para estos tiempos los hombres que tuvo en aquellos: pero como no nos dio a escoger a los unos ni a los otros, no se puede hacer más de levantar el espíritu y darle gracias por todo».

27. Parker, 1988, p. 31.

un extremo remoto de Europa, podía amenazar con sumir en la guerra a todo el continente[28].

Las escaramuzas entre este pueblo de piratas de la costa croata y la Serenísima República tuvieron como resultado la creación de la alianza entre Venecia, Saboya y la Unión Protestante, por un lado; y el estrechamiento de los lazos entre las dos ramas de la Casa de Austria, por el otro. Todos estos datos no se le podían escapar a un hombre como Quevedo, que en una carta dirigida al Consejo de Estado el 26 de junio de 1618 escribió:

> En tanto que el duque de Osuna, mi señor, no entró sus bajeles en el mar Adriático, el duque de Saboya con los socorros de Venecia iba poniendo en última desreputación las armas de España y recobrando lo que le habían tomado y al punto y hora que hizo esta diversión nunca de otro pensada ni ejecutada. El Duque, mi señor, se mejoró todo y por no tener dineros Saboya se le huyeron los franceses. No pudo salir en campaña y fue posible tomar a Berzeli: no fácil pues aun de esta manera se tardó tanto y costó más que vale el Piamonte. Así que entrar el Duque mi señor con bajeles en el golfo débil al Duque poderoso a don Pedro. Dio que hacer a Venecia y alentó y resucitó al rey de Bohemia. Todo esto en tan breve espacio de tiempo[29].

El fragmento de esta carta muestra bien a las claras la conexión reconocida por Quevedo entre estos diferentes conflictos. Pero también hacen patente el motivo de la elección de este conflicto para iniciar su obra; su propia biografía y la de su protector. En *Mundo caduco* Quevedo ha elegido para su obra un inicio cronológico de los conflictos que narra, aunque el de la Valtelina es anterior al resto de los historiados, pero si ha dado preferencia al de Venecia y los uscoques, es porque en este Osuna y él mismo desempeñaron un papel fundamental en su desarrollo, y porque además debe y quiere demostrar la inocencia del Duque de las acusaciones con las que la República lo difamó, a la vez que pretende destacar el papel de restaurador de la reputación de España en Europa que había motivado las acciones del noble. Y no debemos olvidar que términos como «restauración» y «reputación» se habían convertido en los conceptos claves de la política exterior del equipo de gobierno formado por el conde-duque de Olivares, don Baltasar de Zúñiga y Felipe IV[30]. Quevedo quiere que quede muy clara la inocencia del Duque frente a las calumnias que habían propagado los agentes de Venecia movidos por la envidia que les producía la grandeza del Virrey de Nápoles y por el odio que sentían hacia el noble[31].

28. Parker, 1988, p. 72.
29. Sliwa, 2005, p. 273.
30. Sobre este tema ver Elliott, 1990, pp. 146-171.
31. Quevedo, *Mundo caduco,* pp. 153-154: «Acudieron a la negociación con el rey Católico; esforzaron los ruegos, autorizaron las quejas, crecieron las calumnias contra Osuna, y alcanzaron suspensión a su necesidad preciosa; y lo que más sentimiento hallaban en su vanidad era que el duque de Osuna les hubiese forzado a suplicar al rey Felipe

Si la defensa del honor de su protector podría constituir un motivo suficiente para iniciar su texto con los sucesos del Adriático, el hecho de que los venecianos con sus acusaciones hundieran su carrera política, le proporcionaba a Quevedo un motivo para destacar las argucias y la falsedad de la República, tal y como lo destaca en el primer razonamiento de los uscoques ante el Emperador:

> Estos, señor, no son soldados, sino mercaderes; témalos vuestra alteza en la tienda, y no en el escuadrón: si venden, y no si pelean. Débese hacer caso de sus chismes, no de sus armadas, porque apenas son hombres. Gente son nacida al logro, destinada al robo; viven en paz con meter a todos en guerra; su tesoro es dar a entender; su religión, la que más les vale. Dios les escoge el interés, y se le remudan. Sus ejércitos son alquilados; sus armadas aparentes: república ramera que toda la vida está ganando con su cuerpo para valientes que la defiendan. Una vez da su dinero a Francia, otra a Saboya, otra a Mauricio; que ella más fía en sus trampas que en sus manos (pp. 137-138).

En este párrafo se resumen perfectamente los ataques de nuestro historiador a sus enemigos venecianos. Quevedo los acusa de ser mercaderes, y no personas de valor; de ser ladrones, cizañeros y de no tener más religión que sus ganancias; la crítica se concentra en una sola frase: «república ramera que toda la vida está ganando con su cuerpo para valientes que la defiendan». En el código ideológico que preconizaba Quevedo los conceptos del valor y de la religión constituían los pilares fundamentales en que se basaban todos los demás; Venecia representaba justamente lo opuesto, unos valores que se sostenían en la riqueza, riqueza acumulada gracias a la actividad comercial y a la industria. Se trataba, pues de la lucha entre una concepción feudal de Europa, representada por España y defendida por Quevedo, y una nueva concepción burguesa que se estaba imponiendo y que tenía como a uno de sus máximos representantes a la República Serenísima. Es por ello, que el escritor madrileño debe dejar al descubierto las «trampas» venecianas, los ardides empleados para desprestigiar a sus enemigos (Osuna y Quevedo) y engañar al rey de España y al emperador de Austria[32]. Todo ello lo resume perfectamente cuando afirma que había escrito los sucesos del Adriático

III los amparase contra un vasallo suyo. No le costó poco al Duque el odio que le negoció este suceso, ni la invidia que de toda Italia le mereció este valor».

32. Hay que recordar que en un documento fechado el 17 de diciembre de 1618 Osuna había aconsejado a Felipe III la toma de Venecia: «lo que más importa […] entiendo que es tomar Venecia […] Puede v.m. con mucha comodidad hacer esta jornada, pues no más fuerzas de las que se juntan para Argel podrán hacerlo, siendo cierto que en rompiéndose la armada queda todo lo demás de v.m. sin dificultad alguna» (citado por Linde, 2005, p. 224).

> Todo esto he referido para dar luz a los achaques con venecianos quisieron honestar su cudicia y robos, la felicidad de sus traiciones, el rigor de sus insultos, la moderación de los archiducales, y la justificación y el valor (p. 154).

Pero el desenmascaramiento de la falsedad veneciana no era el único motivo para Quevedo, sino que además pretendía afianzar y comunicar la idea compartida por ambos hombres de «que la monarquía española era la única organización política y militar capaz de instaurar un orden internacional y de asegurar la paz»[33].

Después de todas estas afirmaciones queda claro que Quevedo tenía una visión nacionalista de la Historia; una visión por la que los enemigos de la Corona española (en este caso los venecianos y los rebeldes protestantes) debían ser desenmascarados y retratados como realmente eran: herejes, crueles, ladrones. Y desde luego, en su relación de las actividades venecianas cargó la pluma, valiéndose incluso de textos de otros autores, concretamente del *Squitinio della libertà veneta,* impreso anónimo publicado en Mirandola en 1612[34]; cualquier arma era buena para desarrebozar las intrigas urdidas por Venecia. Por todo ello, la imparcialidad que, según los historiógrafos clásicos y humanistas, debía perseguir el historiador se sacrificaba en aras de demostrar la superioridad moral de la corona española frente a sus adversarios, tanto en el bando católico como en el protestante.

Quevedo sabe conectar perfectamente los hechos venecianos con los que desembocaron en el principio de la Guerra de los Treinta Años al principio del siguiente cuadro de la obra, en la que narra los acontecimientos que sucedieron en Bohemia, iniciados con la famosa «Defenestración de Praga». El escritor madrileño acusa a Venecia de fomentar nuevas inquietudes en Alemania, levantando a los bohemios con celo de su religión, y al conde Palatino del Rin, debajo del pretexto de libertador del Imperio, induciéndole a la corona de Bohemia, poniendo sospechas en los herejes con el crecimiento de la casa de Austria, que se hacía patrimonio la elección, y que ya los electores eran testigos, no votos, para el Imperio (p. 154).

Este nexo sirve de perfecta transición para relatar los acontecimientos acaecidos en el Centro de Europa y explica el título de la obra: «Parecía con estas cosas estar en edad caduca el mundo furioso, sirviendo las armas de los príncipes y los tesoros a la persuasión de los malcontentos» (p. 155). En el cuadro de Bohemia, la narración de los acontecimientos históricos se centra en los episodios bélicos que se desarrollaron en los territorios de los Habsburgos austriacos. En este cuadro se introduce una novedad, pues el elemento ideológico nacionalista que había destacado ya en la relación antiveneciana se ve reforzado con el religioso, con lo que se conforma la alianza España-religión ca-

33. Linde, 2005, p. 324.
34. Sobre este tema ver Roncero, 1984 y 1994.

tólica predominante en el pensamiento político español del siglo XVII y muchas veces reiterada por el propio Quevedo, que lo extiende en esta obra a la rama austriaca de los Habsburgo[35]. El elemento de «revuelta herética» aparece ya claro desde los primeros momentos de este cuadro:

> Mas impacientes aun de durar en esta disimulación y pretexto, empezaron a perseguir los católicos por todas partes descubiertamente; empezaron a asegurarse expeliendo los jesuitas, privaron de oficios y cargos a los ministros católicos y a los leales, degollaron muchos sacerdotes, constituyéronse herederos de los bienes eclesiásticos; y con este despojo acaudillaron gente, y negociaron séquito, despachando embajadores a Holanda y todos los príncipes favorecedores de su seta y enemigos de la casa de Austria (p. 156).

Los rebeldes son presentados como enemigos crueles de la Iglesia católica, a cuyos ministros no dudan en perseguir y asesinar. A Quevedo, que escribe su historia para un grupo católico, le interesa establecer la clara dicotomía entre católicos y protestantes, en la cual, por supuesto, los protestantes adoptan el papel de perseguidores de la verdadera fe, que se comportan con una increíble saña contra todo aquello que representa el catolicismo. Toda la ira anticatólica la concentra Quevedo en el conde Palatino:

> Y no le era inferior el Palatino, que luego que aceptó la corona de Bohemia, por acreditar su séquito y asegurarse contra Dios (extraño delirio), no sólo profanó los templos, mas en la iglesia catedral de Praga derribó las capillas, rompió las imágenes, pisó los cálices, quemó las reliquias y desenterró los cuerpos santos, y los justiciaba con grande horror de los ciudadanos, que en su sacrílega desenvoltura conocían su castigo (p. 163).

El cuadro que presenta Quevedo en este fragmento constituye sin duda un intento de propaganda política, pues busca dos efectos simultáneos: por una parte, demostrar que los rebeldes son enemigos de Dios; por otra, crear un movimiento de opinión en la España católica para apoyar a la Casa de Austria en una guerra que algunos españoles podían considerar lejana. Este texto se inserta en una ya amplia tradición de guerra de propaganda que tenía sus antecedentes en otras artes, como la pintura[36]. Ciertamente, Quevedo era consciente de la existencia de otros motivos, además del religioso, que habían impulsado el levan-

35. «Ellos, pues, en este estado tenían los alemanes y a Bohemia, al emperador y los electores, cuando el emperador Matías, conociendo manifiesto peligro, y que caminaba con diligencia temerosa la herejía a expeler de Alemania el nombre católico, minando la sucesión a la casa de Austria la envidia; y teniendo por cierto que pasando desta vida, cosa a su salud muy de temer, estos disinios se lograrían o por lo menos serían incendio de tantas provincias, adelantando la providencia al suceso, consultando con Dios primero y luego con los príncipes católicos, juntó dieta en Praga, primera ciudad de Bohemia, año de 1617» (p. 155).

36. Para la creación de mártires españoles, sobre todo jesuitas y cartujos, en las distintas guerras religiosas de los siglos XVI y XVII ver Rodríguez G. de Ceballos, 2010.

tamiento de ciertos príncipes protestantes alemanes, pero le interesaba destacar este último porque de esa forma identificaba a las tropas imperiales como defensoras de la auténtica fe, como brazo de Dios, tal y como ya había expuesto en otras ocasiones[37].

Para exponer estos otros motivos, Quevedo va a hacer uso de uno de los recursos típicos de la historiografía desde la época clásica: los discursos de los principales personajes. Ya Tucídides había destacado la importancia de estos fragmentos, e incluso había defendido las posibles inexactitudes en que podían incurrir los historiadores:

> Respecto a las palabras que dijo cada uno a punto de entrar en guerra o ya en ella, resultaba difícil recordarlas exactamente, tanto a mí de lo que oí personalmente como a los que me lo transmitieron de una u otra fuente. Con todo, tal como me parecía que cada uno lo diría de acuerdo con las circunstancias presentes en cada momento y acercándome lo más posible al sentido general de lo que realmente se dijo, así se ha expuesto[38].

A partir de aquí, tanto los historiadores romanos como los griegos, reprodujeron en sus obras históricas discursos inventados, pero que pretendían recoger las distintas circunstancias de los acontecimientos y la personalidad del orador, aunque algunos historiadores como Pompeyo Trogo expresaron algunas críticas[39]. Los historiadores humanistas continuaron esta tradición, que defendieron teóricos como Luis Cabrera de Córdoba en el discurso x de su tratado historiográfico, basándose en la práctica de autores como Tito Livio y Tucídides que «en el artificio de las oraciones, son admirables»[40], y en el principio de que los historiadores debían respetar el «decoro». Pero esta práctica también tuvo sus detractores; como es el caso de Francesco Patrizzi que en su *Della historia diece dialoghi* acusaba a los introductores de estos dis-

37. Destacamos el siguiente fragmento de *España defendida,* pp. 174-175: «Como Dios de los ejércitos, unas veces nos amparó, y éstas fueron muchas, con nuestro patrón Santiago; otras con la cruz, que, hecha a vencer la misma muerte, sabe dar vida a todos los que, como estandarte de Dios, acaudilla. Milicia fuimos suya en las Navas de Tolosa. La diestra de Dios venció en el Cid, y la misma tomó a Gama y a Pacheco y a Alburquerque por instrumento en las Indias Orientales para quitar la paz a los ídolos. ¿Quién sino Dios, cuya mano es miedo sobre todas las cosas, amparó a Cortés para que lograse dichosos atrevimientos, cuyo premio fue todo un Nuevo Mundo? Voz fue de Dios, la cual halla obediencia en todas las cosas, aquella con que Jiménez de Cisneros detuvo el día en la batalla de Orán, donde un cordón fue por todas las armas del mundo».

38. Tucídides, I, 22, 65. Para Luce, 1997, p. 72: «Although he kept as close as he could to what was actually said, most of what is in the speeches is necessarily Thucydidean».

39. Justino, *Epítome,* XXXVIII, 3, 10-11: «Después, convoca a los soldados a una asamblea y con exhortaciones de distinto matiz los incita a las guerras romanas o asiáticas. He considerado este discurso digno de ser reproducido íntegramente a pesar de la brevedad de esta obra; Pompeyo Trogo lo dio en estilo indirecto, *puesto que censuró en Livio y en Salustio que sobrepasaran los límites de la historiografía al insertar en su obra discursos directos y además como discurso propio*».

40. Cabrera de Córdoba, p. 106. Lorenzo Valla defendía en su *Gesta Ferdinandi Regis* que los discursos enseñaban «eloqui et sapere»; citado por Grafton, 2007, p. 36n.

cursos de mentirosos, ya que «quomodo orationis veritati, quae debet historico proposita esse repugnent»[41].

Quevedo pertenece, en este caso, al grupo de historiadores que creían en la necesidad de la creación de estos discursos, y en *Mundo caduco* los inserta siguiendo los consejos de Cabrera de Córdoba que había firmado que «tocan a los embajadores, reyes, capitanes, para animar y esforzar los soldados para pelear, reprehenderlos y reducirlos»[42]. Las arengas introducidas por Quevedo en la obra que analizamos cumplen perfectamente con la función que determinaba la poética historiográfica, pero también le sirven al historiador para dejar claros a los lectores las causas que provocan las acciones de los distintos bandos que se enfrentan en la guerra. A lo largo de la obra se recogen varios de estos discursos, pero me interesa concentrarme en dos: el primero, del conde Palatino dirigido a los representantes de los rebeldes; el segundo, del duque de Baviera antes de la batalla de Montaña Blanca. Los dos discursos reflejan a la perfección las ideas de los respectivos combatientes; es decir, respetan el concepto del decoro exigido por los teóricos.

El discurso del conde Palatino comienza con la referencia al tema de la libertad del Sacro Imperio:

> A las palabras de mi razonamiento que encaminaron mi utilidad, oh bohemios, os ruego que las deis castigo y no atención: tan desnudo vengo de interés y tan celoso del bien común y paz universal. Oídme como a procurador de la libertad del sacro Imperio, como a voz de la posteridad vuestra: grito soy de nuestra religión perseguida (pp. 158-159).

El Conde establece, pues, la prioridad del argumento político para justificar el levantamiento, aunque inmediatamente recurre a la idea de la persecución a la que se ven sometidos los protestantes por los católicos, dirigidos por la Casa de Austria. Quevedo resume, pues, los dos argumentos que explicaban el inicio del conflicto desde el lado protestante[43]. Pero, como leemos, el discurso se inicia con una declaración por parte de Palatino de desinterés personal, con la que Quevedo quiere dar la razón a aquellos que pensaban que «el único objetivo de la guerra era el beneficio de Federico del Palatinado, primero para conseguirle el título de 'rey de Bohemia' y, después, para restituirle su condición de elector»[44]. La unión de política y de religión se convierte aquí en un elemento negativo en la visión de los españoles de la época; pues se trata de una secta herética y de un grupo que se opone a los derechos legíti-

41. Citado por Grafton, 2007, p. 39n.

42. Cabrera de Córdoba, *De historia,* p. 104.

43. Parker, 1988, pp. 81-82: «Algunos líderes políticos creían que existía una conspiración internacional contra ellos, organizada según principios confesionales y cuyo objetivo era no sólo acabar con su libertad sino con la religión que profesaban».

44. Parker, 1988, p. 82.

mos de la Casa de Austria. Pero es que además, Federico del Palatinado ataca directamente a España, acusándola de maniobras maquiavélicas:

> No han podido ignorar, los que van introduciendo este vínculo del Imperio en la casa de Austria, los inconvenientes tan sensibles y molestos que les siguen a los alemanes, de que el rey de España sea emperador disimulado, y que por tercera persona domine, contentándose el emperador con llamarse el César, y el rey de España no con menos que con el cetro absoluto y soberano. Él hace el emperador entre nosotros: con un sostituto nos entretiene. Y la majestad de Alemania (tan reverenciada la nobleza a quien todos ceden el poder, invocado de las naciones el número incomparable) secretamente sirve al arbitrio de los españoles (pp. 159-160).

De esta manera, el conflicto atraviesa los límites de una confrontación religiosa para convertirse, en boca del Palatino, en una cuestión nacionalista: el rey de España ha usurpado el poder del Emperador y se ha autodesignado secretamente como auténtico señor de los territorios alemanes. El discurso viene seguido de un comentario muy significativo de Quevedo:

> Con tanta maña supo disimular pretensión y mezclar los ruegos y las amenazas, que disfrazando su cudicia les equivocó la ambición con la humildad; y enternecidos, con agradecimiento orgulloso y aclamación popular le coronaron por rey de Bohemia. El Conde aceptó la corona como que cedía al ímpetu mortificando su modestia, y procuró mostrarse pretendido, no pretensor (p. 160).

Con estas palabras, Quevedo rompe con la pretendida imparcialidad que debe mostrar el historiador, resumida en aquellas palabras de Tácito del «*sine ira et studio*». La figura de Federico y sus palabras e intenciones son juzgadas por el historiador que quiere transmitir al lector la bajeza moral del orador, al que caracteriza como mentiroso y codicioso.

Frente a esta imagen y a estos motivos espurios esgrimidos por el elector protestante, nos encontramos con la arenga pronunciada por el Duque de Baviera frente a los ejércitos imperiales. Las ideas expuestas por el noble alemán se corresponden perfectamente con el ideario político-religioso quevediano:

> Tan religiosa como solícita se ha mostrado la fortuna en acercarnos al ejército enemigo, y poneros castigo de Dios arrimados a los delitos contra su Iglesia. Parte quiere tener en la vitoria que nos facilita la verdad, que nos promete el valor y nos asegura el celo. El Dios de los ejércitos es el que vence, porque los ejércitos de Dios no son vencidos: su Iglesia nos acaudilla, su nombre nos defiende; lágrimas y oraciones de los fieles es la munición que nos fortalece; delante tenéis la cizaña de nuestra paz, los ladrones del Imperio, los tiranos de la libertad de Alemania. Os trai éstos la Providencia divina no a ser vencidos, sino a ser justiciados. Aun no merece esta voz la ruina de quitar la libertad al Imperio y a los electores (pp. 166-167).

Los argumentos se concentran en los mismos temas que los de su enemigo, pero en este último caso el duque de Baviera representa a la verdadera Iglesia y, sobre todo, al verdadero Dios; es más, el ejército imperial es el ejército del verdadero Dios, aquel que se fortalece con las oraciones y los sufrimientos de los católicos[45]. El discurso del duque de Baviera está sembrado de un simbolismo religioso que constantemente hace referencia a la divinidad. En él Quevedo establece una división maniquea entre los soldados imperiales, el brazo de Dios, frente al Palatino que personifica las fuerzas diabólicas, ya «que ha pisado entre vuestra sangre la de Cristo» (p. 167). Las constantes referencias a los diferentes grupos protestantes se ven contrarrestadas por las alusiones a la unidad y a la verdad de la verdadera fe: «De la silla de Alemania quiere echar al apóstol san Pedro para sentar en ella a Calvino» (p. 167). Con esta referencia vuelve a ligar la religión con la política, oponiendo la unidad y verdad católica a la diversidad, confusión y falsedad protestantes:

> El Imperio pretende; los medios más son de robo que de negociación. Coronar quiere una hidra; por césar quiere que tengamos la bestia de siete cabezas. ¿Cómo podrá una corona abrazar juntos luteranos, protestantes, calvinistas, hugonotes reformados, y otros mil sectarios y legisladores, entre los cuales no ha de dar el primer lugar a nadie el Gran Señor? Y a intercesión de sus fuerzas y poder Mahoma pretenderá los templos por mezquitas (p. 167).

Quevedo personifica a los grupos protestantes con una bestia mitológica, la hidra de siete cabezas, a la que Hércules mató en uno de sus trabajos. Esta bestia se convertirá, si triunfan las tropas rebeldes, en la tirana de Alemania. Pero las acusaciones de Quevedo van más allá, pues introduce en este grupo político a los musulmanes, clara referencia al príncipe transilvano Bethlem Gabor, miembro de la nobleza calvinista húngara, que había conseguido el principado gracias al apoyo de los turcos. Así la gran amenaza para los alemanes no es ya que sean gobernados por los herejes protestantes, sino que su auténtico señor será el sultán turco. Este último mensaje calaría, sin duda, en el público católico al que aterraría la idea de la expansión otomana por el centro de Europa, amenaza que ya se había producido el siglo anterior con el fracasado cerco de Viena por las tropas de Solimán en los años 1529 y 1532. En la mente del lector estaría, sin duda, el recuerdo de que en ambas ocasiones fueron las tropas imperiales las que obligaron a los turcos a levantar el sitio. Quevedo ha cerrado el círculo propagandista de esta arenga, pues ha identificado a protestantes y musulmanes como aliados que pretenden derrotar a los ejércitos defensores del verdadero Dios; y lo ha conseguido no con una acusación directa, si no con las

45. La misma idea la repetirá más adelante en *Mundo caduco* don Gonzalo de Córdoba en su discurso, donde afirma: «Gran fineza ha sido la de la providencia de Dios en escogernos, pequeño ejército, para defensa del mayor peligro y remedio de la mayor necesidad» (p. 173).

palabras pronunciadas en su arenga por el duque de Baviera, portavoz de la ideología político-religiosa de Quevedo.

Los dos últimos cuadros que componen la obra, el de don Gonzalo de Córdoba y el de la Valtelina, son más breves que los dos primeros y continúan la línea historiográfica marcada en ellos; el dedicado a don Gonzalo de Córdoba reitera las ideas expuestas en el de Bohemia de propaganda político-religiosa del bando imperial con las referencias al carácter de ejército divino que ya hemos visto. Lo interesante es la brusca interrupción que se produce al final, puesto que se insertan acontecimientos acaecidos en la corte madrileña, que no tienen nada que ver con la marcha de la guerra:

> En tanto que estas cosas en este estado prevenían por los enemigos venganza, en España, la Junta hizo sus cargos y dio traslado al duque de Uceda, Juan de Salazar y don Andrés de Velázquez; y después de hechas sus defensas y votada la sentencia, fueron condenados, y más rigurosamente Uceda, en costas y restitución, y destierro disimulado. Apelaron todos, y la piedad de su majestad los absolvió por merced de los cargos que el tribunal no pudo (p. 175).

De esta manera se termina el cuadro y con él la narración de los principales acontecimientos de los inicios de la Guerra de los Treinta Años. El final de la obra está dedicado a historiar los principales sucesos que tienen relación con la Valtelina[46], narración en la que Quevedo se remonta al reinado de Carlos V, continúa con la escasa atención prestada a este territorio en tiempos de Felipe II y termina de nuevo de manera abrupta:

> Tal era el estado de la Lombardía cuando a los primeros de agosto del año de 1618 llegó a Milán por gobernador y capitán general Gómez Suárez de Figueroa y Córdoba, duque de Feria (p. 183).

Seguramente, Quevedo pretendía conectar estos sucesos con los acaecidos en el resto de Europa, pero decidió dejar la obra inconclusa. El historiador nos ha dado una visión panorámica y desde la perspectiva de la política española de unos hechos que iban a marcar el final de una etapa y el principio de otra en la historia europea; y lo está haciendo desde la contemporaneidad. Quevedo se ha dado cuenta de la importancia de lo que está sucediendo y podría haber hecho suyas las palabras de Tucídides:

> Tucídides ateniense compuso la historia de la guerra de los peloponesios y los atenienses, tal como la llevaron a cabo unos contra otros, empezándola nada más estallar y en la confianza de que sería importante y la mayor de las habidas, deduciéndolo del hecho de que ambos iban a ella en la plenitud de

46. Sobre la cuestión de la Valtelina, ver Marrades, 1943.

sus fuerzas con un equipamiento completo y por ver que el resto del mundo griego se iba alineando con uno u otro bando, unos de modo inmediato, otros abrigando esa intención[47].

El historiador humanista español escribe casi al mismo tiempo que suceden los acontecimientos y los describe, eso sí, como un actor interesado en su desarrollo. En este último rasgo se separa de la práctica del griego que buscaba una narración imparcial, que se limitara a narrar los hechos sin entrar a juzgarlos y, por lo tanto, a inclinar su pluma por uno de los dos bandos. Quevedo no sigue ese modelo, porque para él nos encontramos con una guerra que no se limita a un simple conflicto territorial, sino que tiene serias y fundamentales implicaciones religiosas: la primacía de los católicos o de los protestantes en el centro de Europa, esa zona controlada por los Austrias y que está en peligro de convertirse en una grave amenaza para el Imperio español. Por todo ello, Quevedo no duda en escribir un texto histórico que se inserta en la corriente nacionalista de la historiografía humanista, que ensalza el papel de España en la contienda y que degrada a sus enemigos convirtiéndolos en enemigos del verdadero Dios. *Mundo caduco y desvaríos de la edad,* pues, se convierte en un extraordinario testimonio de la labor historiográfica del autor, obra poco conocida pero de capital importancia para entender el pensamiento y la ideología de su creador.

Bibliografía

Bruni, L., *History of the Florentine People,* ed. and trans. J. Hankins, Cambridge, Harvard University Press, 2001, 2 vols.

Cabrera de Córdoba, L., *De Historia, para entenderla y escribirla,* ed. S. Montero Díaz, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948.

Caro Baroja, J., *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España),* Barcelona, Círculo de Lectores, 1991.

Cicerón, *De oratore,* ed. Kumaniecki, Leipzig, Teubner, 1969.

Cochrane, E., *Historians and Historiography in the Italian Renaissance,* Chicago, The University of Chicago Press, 1985.

Elliott, J. H., *España y su mundo. 1500-1700,* trad. Á. Rivero Rodríguez y X. Gil Pujol, Madrid, Alianza editorial, 1990.

Grafton, A., *Defender of the Text. The Traditions of Scholarship in the Age of Science, 1450-1800,* Cambridge, MA, Harvard University Press, 1991.

Grafton, A., *What Was History? The Art of History in Early Modern Europe,* Cambrige, Cambridge University Press, 2007.

Hay, D., *Annalists and Historians: Western Historiography from the Eighth to the Eighteenth Centuries,* London, Methuen & Co., 1977.

Justino, *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo. Prólogos. Fragmentos,* intr., trad. y notas J. Castro Sánchez, Madrid, Gredos, 1995.

Linde, L. M., *Don Pedro Girón, duque de Osuna. La hegemonía española en Europa a comienzos del siglo XVII,* Madrid, Ediciones Encuentro, 2005.

Luce, T. J., *The Greek Historians,* London / New York, Routledge, 1997.

47. Tucídides, I, 1, 49.

Marrades, P., *El camino del Imperio. Notas para el estudio de la cuestión de la Valtelina,* Madrid, Espasa-Calpe, 1943.
Mellor, R., *The Roman Historians,* London & New York, Routledge, 2005.
Parker, G., *La Guerra de los Treinta Años,* trad. J. Faci, Barcelona, Crítica, 1988.
Polibio, *Historias,* intr. A. Díaz Tejera, trad. y notas M. Balasch Recort, Madrid, Gredos, 1991.
Quevedo, F. de, *España defendida de los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos,* ed. V. Roncero López, Pamplona, Eunsa, 2013.
Quevedo, F. de, *Grandes anales de quince días,* ed. V. Roncero López, en *Obras completas en prosa,* vol. III, dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2005, pp. 57-115.
Quevedo, F. de, *Mundo caduco y desvaríos de la edad,* ed. V. Roncero López, en *Obras completas en prosa,* III, dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2005, pp. 131-183.
Rodríguez G. de Ceballos, A., «La representación del martirio en el Siglo de Oro español dentro del contexto de las luchas religiosas», en *La violencia en el mundo hispánico del Siglo de Oro,* ed. J. M. Escudero y V. Roncero, Madrid, Visor, 2010, pp. 217-242.
Roncero López, V., «*Sátira contra los venecianos* de Francisco de Quevedo. Edición crítica», *El Crotalón. Anuario de Filología Española,* I, 1984, pp. 359-372.
Roncero López, V., *Historia y política en la obra de Quevedo,* Madrid, Editorial Pliegos, 1991.
Roncero López, V., «Un enigma historiográfico: el *Mundo caduco* y los *Grandes anales*», *Edad de Oro,* XIII, 1994, pp. 151-160.
Sliwa, K., *Cartas, documentos y escrituras de Francisco Gómez de Quevedo y Villegas (1580-1645), caballero de la Orden de Santiago, señor de la villa de la Torre de Juan Abad,* Pamplona, Eunsa, 2005.
Tito Livio, *Ab urbe condita,* ed. W. Weissenborn, M. Müller, W. Heraeus, Stuttgart, Teubner, 1959, 4 vols.
Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso,* ed. F. Romero Cruz, Madrid, Cátedra, 2005[5].
Usunáriz, J. M., «El historiador del Siglo de Oro o la historia como narración de verdades por hombre sabio para enseñar a bien vivir», en *Modelos de vida en la España del Siglo de Oro. Tomo II,* dirs. I. Arellano y M. Vitse, Madrid, Iberoamericana, 2007, pp. 91-115.
Zurita, J., *Anales de la Corona de Aragón,* ed. Á. Canellas López, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1987.